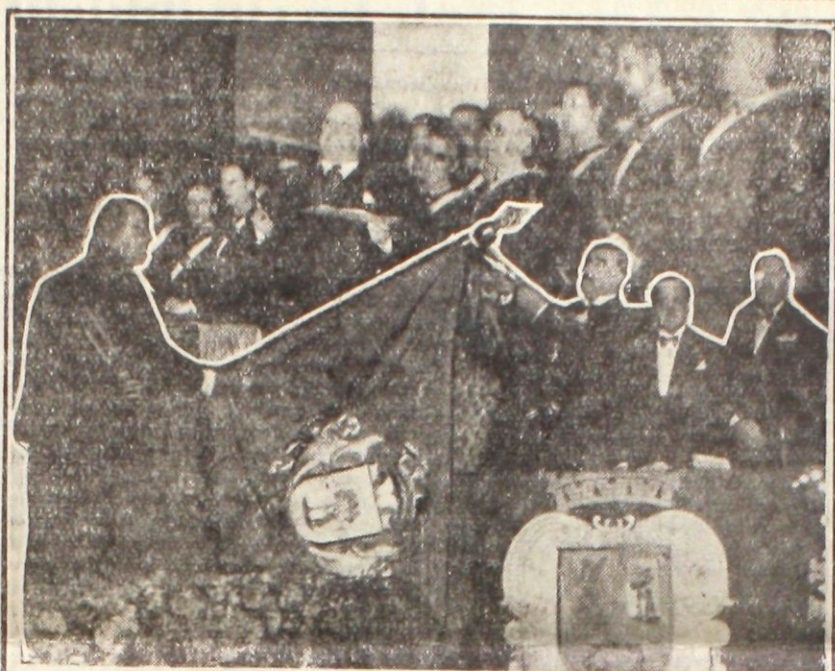


# LA BANDA MUNICIPAL



Arriba, el alcalde de Madrid, Sr. Rico, hace entrega al director de la Banda municipal de la medalla de oro de la villa madrileña. Abajo, imposición de la medalla de oro de Lisboa a la bandera de la Banda municipal. (Foto Díaz Casariego.)

Prólogo del álbum ofrecido por el Ayuntamiento a la Banda, leído por su autor en el teatro Español en la función homenaje a la notabilísima agrupación artística.

Escribir un prólogo para un libro en blanco, en que han de firmar las más altas personalidades de la Literatura y del Arte, puede ser, ciertamente, inmerecido honor; pero también deber inexcusable para quien no ha sido designado por sus merecimientos, sino por su fervor devoto a la belleza eterna y por su cálido y tembloroso entusiasmo ante una de las manifestaciones a un tiempo más excelsas y humanas de la democratización del sentimiento de lo sublime. Y una de estas manifestaciones educadoras, pulimentadoras de la inteligencia y de la sensibilidad y cinceladoras de espíritus ha sido la creación en Madrid de la Banda municipal, cuyas bodas de plata celebran los apasionados de las emociones estéticas.

Es algo más la Banda municipal que una perfecta agrupación sinfónica: es una comunión de genios, inspirados con las masas sedientas de paz e idealismo, tras la fatiga de contiendas rudas implacables; es un manantial de optimismo y luminosidad esperanzada, vertido sobre las abrasadas llanuras de un estéril pesimismo prosaico. Los dioses y los hombres, que lucharon por la posesión del oro funesto de los Nibelungos, se han unido para crear el único tesoro que jamás se agota, que no hace desdichados a sus poseedores: el de la exaltación de las almas hacia lo absoluto imperecedero, mediante la vibración en el espacio de los soberanos acordes, de las armonizaciones sobrecogedoras de puro magnas, que nos han hablado el lenguaje universal, que nos recuerdan lo pasado, que nos dignifican lo presente y que nos hacen esperar un porvenir risueño de progreso y de inmortalidad.

La Banda municipal, cuando pasa por las calles llevando a su frente a ese hombre tan pequeñito y tan grande como el maestro Villa, en cuyo cerebro y en cuyo corazón se guardan, como en perfumada arquilla de sándalo, las joyas musicales que glorificaron a los genios de todos los pueblos, es aplaudida y vitoreada con frenesí delirante por el público madrileño. La Banda es algo suyo, no por ser para él una posesión material, sino por llevarla dentro de sus entrañas.

Ella le ha enseñado a vivir estéticamente: pero, lo que es más hermoso: le ha hecho soñar. Ha asistido con ella a la entrada triunfal de los dioses en la Walhalla, y ha sentido con ella el dolor tétrico de su melancólico ocaso. Ella ha renovado en su espíritu la austeridad mística que informó los severos cantos llanos del viejo Quadvivio y las religiosidades de los grandiosos templos labrados a cincel, con las melodías de Bach, de Haendel, de Palestrina, de Mozart y de Schubert.

Ella ha hecho vibrar tan hondamente el sobrecogimiento de la consagración del Grial como la rebeldía de los maestros cantores y de los emancipadores de pueblos; igual los no superados clasicismos de la «Quinta» y de la «Incompleta» que las innovaciones de Rimsky, de Stravinsky, de Debussy y de nuestros contemporáneos insignes Usandizaga, Falla, Gurina, Halffter y Oscar Esplá. Nos ha hecho llorar ante el éxodo de las hambrientas y ateridas caravanas a través de la estepa con Borodin, y enronquecer con gritos de triunfo con las rotundas sonoridades de la obra-tura de «Tanhäusser»; cantar la noble activa del fundidor y dormir la siesta del fauno, recorrer la piel de toro ibérica con Albéniz y la del gigantesco oso eslavo con Tschai-kowsky.

ky: evocar las leyendas: ingenuas con los operistas italianos y la musa castiza tonadillera española con Barbieri, Chapí, Bretón, Fernández Caballero y Chueca, danzar con las odalis-cas y bailar el ritmo macabro con las sombras.

Porque la banda todo lo siente, todo lo comprende, y por consiguiente, todo lo ama, y coloca sobre los más altos pedestales el de nuestra señora la belleza, y hace que sus ritos sean profesados por todos los seres humanos, desde los poderosos de la tierra, que buscan consuelo a la pesadumbre de sus opulencias, «que más cuidados les ofrecen», hasta los siervos humildes del terruño, y con ellos, a todos los hombres de labor y dolor.

Ninguna otra agrupación—sépanse bien, ninguna—ha superado, ni puede superar, a nuestra banda en perfección técnica, en compenetración de todos y de cada uno, en magnificencia orquestal, en la delicadeza inspirada de sus solistas, ni en la dirección abnegada de puro elevada a las regiones de lo sublime. Cada uno de sus individuos es como el oficiante de un culto que se identifica con todos los cultos y que une a todos los nacidos de madre en un immaculado afecto fraterno: el de la belleza ideal. Y por ello, todos han sabido conquistarse el cariño entrañable, no sólo de los madrileños, sino de cuantos trabajan por la civilización y el amor mutuo en todas las regiones del planeta.

En una mañana primaveral, en una tarde perfumada de otoño o en una noche nupcial y epitalámica del estío, la Banda municipal se dispone a dar su esperado concierto. Calla la enorme muchedumbre en un recogimiento devoto. La batuta de Villa se alza enhiesta sobre el atril. En la partitura esperan, como pájaros dormidos sobre los alambres telegráficos, las notas y también los silencios, que cuelgan en el pentágono como simbólicos banderines. Y comienza la seducción hipnotizadora.

Aquello es lo grande, lo glorioso, lo que jamás se podrá olvidar, lo que recordarán siempre los niños en sus juegos, y los amantes en sus transportes, y los viejos en sus meditaciones solitarias, y los impenitentes románticos en su lecho de muerte.

Y ahora, vosotros, los próceres del pensar y el sentir, decid algo en honor de la banda, seguros de que tras vuestros prodigios de elocución y vuestras alabanzas efusivas, quedarán todavía, en éste u otros libros, para elogiarla debidamente y para testimoniarla nuestra gratitud, muchas hojas en blanco.

ANTONIO ZOZAYA